

LOS PUEBLOS DE LA
PENÍNSULA IBÉRICA
ANTES DE ROMA

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LOS PUEBLOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA ANTES DE ROMA

Manuel Salinas de Frías



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Mapas: David Hernández Sánchez

© Manuel Salinas de Frías

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-220-6
Depósito Legal: M-32.980-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13
i.1. <i>Fuentes para el estudio de los pueblos paleohispánicos</i> ..	13
i.1.1. Fuentes literarias	14
i.1.2. Fuentes epigráficas y arqueológicas	16
i.2. <i>La “antropología” clásica del bárbaro.</i> <i>Las identidades étnicas</i>	17
i.3. <i>Las culturas arqueológicas del I milenio a. C.</i>	19
1. TARTESOS	23
1.1. <i>Las noticias sobre Tartessos en los autores clásicos</i>	23
1.2. <i>El conocimiento arqueológico de la cultura tartésica</i>	29
1.2.1. La presencia fenicia y griega en el mediodía peninsular	31
1.2.2. Problemas cronológicos	32
1.2.3. Estructura de la colonización fenicia	35
1.2.4. El periodo orientalizante	37
1.3. <i>La monarquía tartesia</i>	44
1.4. <i>Las estelas de guerrero y la escritura del suroeste</i>	49
1.4.1. Las estelas de guerrero	49
1.4.2. La escritura del suroeste	52
1.5. <i>El final de Tartessos</i>	54
2. LOS PUEBLOS IBÉRICOS DEL MEDIODÍA PENINSULAR	59
2.1. <i>La época postartésica en las fuentes literarias</i>	60
2.2. <i>Los datos arqueológicos</i>	63

2.2.1.	Los hábitats.....	63
2.2.2.	Las sepulturas.....	65
2.3.	<i>Pueblos y etnias del mediodía peninsular</i>	68
2.3.1.	Turdetanos y túrdulos.....	69
2.3.2.	Bastetanos y bástulos.....	70
2.3.3.	Oretanos.....	72
2.4.	<i>Economía y sociedad</i>	76
2.4.1.	Fuentes de riqueza.....	77
2.4.2.	Relaciones de propiedad.....	81
2.4.3.	Estructura social.....	82
2.4.4.	Servidumbre comunitaria.....	85
2.4.5.	La monarquía.....	87
2.5.	<i>La religión de la Iberia meridional</i>	89
2.5.1.	La influencia oriental.....	90
2.5.2.	Los santuarios rurales.....	91
3.	LOS PUEBLOS IBÉRICOS DEL LEVANTE, CATALUÑA Y EL VALLE DEL ÉBRO.....	95
3.1.	<i>Los iberos de la costa mediterránea</i>	98
3.1.1.	Los contestanos.....	99
3.1.2.	Los edetanos.....	99
3.1.3.	Los ilerjavones.....	100
3.1.4.	Los cesetanos.....	101
3.1.5.	Los layetanos.....	102
3.1.6.	Los indigetes.....	102
3.1.7.	Los pueblos de las islas Baleares.....	103
3.2.	<i>Los iberos del interior de Cataluña y de Aragón</i>	106
3.2.1.	Los ilergetes y los suesetanos.....	106
3.2.2.	Los ausetanos.....	108
3.2.3.	Los sedetanos.....	109
3.2.4.	Los pueblos del Pirineo oriental: iacetanos, ceretanos y bergistanos.....	110
3.3.	<i>La economía</i>	111
3.3.1.	Agricultura, ganadería y recolección.....	111
3.3.2.	Manufactura.....	115
3.3.3.	Comercio.....	117
3.3.4.	La moneda ibérica.....	119
3.4.	<i>La sociedad y la organización política</i>	122
3.5.	<i>La religión</i>	127
3.6.	<i>La escritura ibérica</i>	131

4.	LOS PUEBLOS DEL CENTRO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	135
4.1.	<i>Los celtíberos</i>	135
4.1.1.	Denominación de la etnia, situación, génesis de la cultura celtibérica.	136
4.1.2.	El contexto histórico de los celtíberos. La confederación celtibérica.	139
4.1.3.	La lengua celtibérica	143
4.2.	<i>Los vacceos</i>	145
4.3.	<i>Los carpetanos</i>	147
4.4.	<i>La economía</i>	151
4.4.1.	Ganadería y agricultura	151
4.4.2.	Manufacturas y comercio	154
4.4.3.	La moneda celtibérica	158
4.5.	<i>La organización social</i>	159
4.5.1.	La aristocracia y el pueblo.	160
4.5.2.	Ciudades, <i>populi</i> y <i>cognationes</i>	163
4.5.3.	<i>Fides</i> , <i>hospitium</i> y clientela.	167
4.6.	<i>La religión</i>	171
4.6.1.	Ritos y santuarios	171
4.6.2.	El panteón.	175
5.	LOS LUSITANOS Y LOS PUEBLOS DEL OCCIDENTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	179
5.1.	<i>Los lusitanos</i>	180
5.1.1.	El nombre del pueblo y su territorio.	180
5.1.2.	La lengua lusitana	184
5.1.3.	La “expansión” lusitana	185
5.2.	<i>Los vettones</i>	187
5.3.	<i>Otros pueblos: los conios, los túrdulos viejos y los célticos</i>	190
5.4.	<i>La economía</i>	194
5.4.1.	Ganadería y agricultura	194
5.4.2.	Minería y metalurgia	196
5.4.3.	Intercambios y comercio	199
5.5.	<i>La sociedad</i>	200
5.5.1.	Una aristocracia militar	200
5.5.2.	El “bandolerismo” lusitano	203
5.5.3.	La jefatura de Viriato	205
5.5.4.	Magistraturas	208
5.6.	<i>La religión</i>	208

5.6.1. El panteón.....	209
5.6.2. Santuarios.....	211
5.6.3. El ritual: sacrificio y adivinación.....	212
5.6.4. Mitos del Occidente.....	216
6. LOS PUEBLOS DEL NORTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA.....	219
6.1. <i>Los galaicos</i>	220
6.2. <i>Los astures y los cántabros</i>	224
6.2.1. Los astures.....	226
6.2.2. Los cántabros.....	228
6.3. <i>Los pueblos del área vascoaquitana</i>	229
6.3.1. Autrigones, caristios, várdulos y turmogos.....	230
6.3.2. Los vascones.....	231
6.4. <i>El lakónios zèn</i>	233
6.5. <i>Los oppida de la Edad del Hierro en el norte peninsular</i>	235
SELECCIÓN DE TEXTOS.....	239
1. <i>“Iberia” e “Hispania”. Superioridad científica de los griegos sobre los romanos</i>	239
2. <i>Argantonio, rey de Tartessos</i>	240
3. <i>Identificación de Tartessos con Gadir</i>	241
4. <i>Gerión y Heracles</i>	242
5. <i>Gárgoris y Habis, reyes de Tartessos</i>	243
6. <i>Turdetanos y túrdulos. Cultura de los turdetanos</i>	244
7. <i>Turdetanos y célticos</i>	245
8. <i>Decreto de L. Emilio Paulo o bronce de Torre Lascutana</i>	246
9. <i>Etnias y ciudades de los celtíberos</i>	247
10. <i>La cuestión de Segeda y el inicio de la segunda guerra celtibérica</i>	248
11. <i>Persistencia del problema de la tierra en Celtiberia</i>	249
12. <i>Bronce latino de Contrebia Belaisca (Botorrita): tabula Contrebiensis</i>	250
13. <i>Viriato, amicus populi Romani</i>	252
14. <i>Caracterización de los lusitanos</i>	253
15. <i>Fertilidad de Lusitania</i>	254
16. <i>Salvajismo de los cántabros. Religión de los pueblos del norte</i>	255

Índice

17. <i>Bravura y salvajismo de las mujeres de los galaicos</i>	256
18. <i>Tabula de hospitalidad de los zoelas</i> o <i>tabula de Astorga</i>	257
CRONOLOGÍA	259
MAPAS	263
BIBLIOGRAFÍA	267

2

LOS PUEBLOS IBÉRICOS DEL MEDIODÍA PENINSULAR

Una vez desaparece Tartessos, se produce una evolución que lleva a la configuración de los pueblos que aparecen documentados en las fuentes literarias desde mediados del siglo III a. C., en relación con el imperialismo cartaginés en la península ibérica y el inicio de la conquista romana en el contexto de la segunda guerra púnica, los cuales tienen denominaciones en gran medida distintas de los que conocemos en época anterior. Por lo que podemos deducir de los distintos tipos de fuentes, estos pueblos no hablaban lenguas indoeuropeas que, entretanto, se habían difundido por el centro, el oeste y el norte de la Península, y constituían una población descendiente de los pobladores de la Edad del Bronce final. De una manera general podemos denominarlos pueblos ibéricos o iberos. Pero, aunque existe este rasgo común lingüístico y étnico entre todos ellos, existen también grandes diferencias desde todos los puntos de vista: económico, político o cultural. Estrabón (III, 1, 6) constataba que los turdetanos eran los más civilizados de los iberos, ya que poseían escritos en verso y en prosa, y leyes en verso de seis mil años de antigüedad; además, poseían una misma *grammatiké*, es decir, sistema de escritura, mientras que los demás iberos tenían también escritura, pero no la misma, siendo sus idiomas también distintos. Desde el punto de

vista social y político también hay diferencias importantes. Mientras que a finales del siglo III a. C. en el mediodía existían monarquías cuyo poder se extendía sobre un número variable de ciudades, adquiriendo a veces unas dimensiones territoriales importantes, lo característico de los iberos de Levante parece ser la organización en ciudades-estado, independientes unas de otras. En general, los historiadores están de acuerdo en suponer que el mundo turdetano es una continuación del mundo tartésico, mientras que la sociedad ibérica de Levante evoluciona a partir de los campos de urnas que se documentan en Cataluña y Aragón a comienzos del I milenio a. C. Por todas estas razones, creemos que unos pueblos y otros deben ser tratados en capítulos separados.

2.1. *La época postartésica en las fuentes literarias*

Como hemos visto, en el último tercio del siglo VI a. C., una serie de fenómenos, de índole tanto interna como externa, parecen indicar el final de la realidad económica, social y política con la que los griegos, principalmente los focenses, habían tenido contacto directo durante un siglo aproximadamente, a la que dieron el nombre de Tartessos. Por supuesto, en la literatura griega las referencias no desaparecieron abruptamente. A lo largo del siglo V, el siglo durante el cual escribe Heródoto, nuestro mejor informante sobre el Tartessos histórico, continúan las referencias. Y continuarán, como hemos visto, hasta la Antigüedad tardía, durante la cual la obra de Avieno nos suministra datos muy interesantes. Pero en conjunto, todas estas noticias van mostrando un conocimiento cada vez más vago y confuso de lo que hay en el remoto Occidente. Por una parte, son noticias que repiten la ecuación Tartessos = Erythia = Gerión, como las referencias en Esquilo (*Prometeo*, vv. 798-799), en que alude al río de Tartessos, *Chryso-rrypton*: “que fluye con arenas de oro”. O Ferécides de Atenas, al referirse al viaje de Heracles hasta Tartessos y su navegación en la copa que le diera Helios (*apud* Ateneo XI, 470 c). Por otra parte, son noticias en las que Tartessos se identifica con *Gadir*, lo cual no era exacto. Probablemente, uno de los primeros ejemplos de esta confusión fue Píndaro (518-440 a. C.) quien es citado por Estrabón al referirse a las columnas de Heracles, a las que llama “puertas gaditanas” (*pilai Gadeiritai*). El propio Heródoto (IV, 8), al

referirse a la isla Erythia de Gerión, dice que está enfrente o delante de las *Gadeiras* (Cádiz), en el océano exterior. Y probablemente la misma confusión subyace en un pasaje de *Las ranas*, de Aristófanes (v. 475), en que se alude a salazones “tartésias”, como una expresión equivalente a salazones gaditanas.

Al lado de estas noticias, que evidencian desconocimiento y confusión, comienzan a aparecer otras, a veces en los mismos autores, que muestran un conocimiento de realidades diferentes, podríamos decir nuevas, que comienzan a aparecer en Iberia y que, probablemente, están relacionadas con profundos cambios en el panorama etnológico de la península ibérica. Cuando a partir del siglo III a. C., con la expansión cartaginesa en la Península, el interés de romanos y griegos concentre su mirada en ella, va a aparecer un nuevo panorama étnico en el cual perduran algunas de estas nuevas entidades citadas durante los siglos V y IV a. C., aparecerán otras nuevas que sin duda se han ido constituyendo durante estos siglos y, finalmente, no quedará casi nada de lo que era familiar o se citaba en el siglo VI a. C.

Ya Esquilo (ca. 480 a. C.) (*apud* Plinio, *N. H.* 37, 32) se refiere al *Eridano* como un río de Iberia que es llamado, también, Ródano. En época clásica el Eridano era el Po, en el norte de Italia, y se ha achacado a la ignorancia del trágico ático la confusión entre ambos ríos. Sin embargo, tal vez tengamos aquí la primera constatación del hecho de que los iberos no se limitaban a la península ibérica, sino que se extendían también por el sur de Francia, hasta la desembocadura del Ródano, que los separaba de los ligures. En el mismo siglo, aunque un poco después, Heródoto (*Historias* II, 33), al referirse al *Istros*, tal vez el Rin o el Danubio, dice que nace cerca de la ciudad de *Pyrene*, que es de los celtas, los cuales están más allá de las columnas de Heracles y son vecinos de los *kynesios* o *cynetes*, que son los últimos de Europa. Esta referencia de Heródoto es muy importante, por cuanto cita a la segunda gran unidad étnica que va a conformar el poblamiento prerromano de la Península junto con los iberos: los celtas, que hasta este momento han estado ausentes en los textos clásicos. La cita de Heródoto atestigua el establecimiento de los celtas en la meseta central y el borde occidental peninsular. Éforo, que vive en el siglo IV (405-340 a. C.) se refiere también a los celtas (*apud* Estrabón IV, 4, 6). La mayor parte de Iberia, dice, está ocupada por los celtas, que llegan hasta *Gades* y son “filohelenos” (también Eratóstenes en el siglo III a. C., en Estrabón II, 4, 4, repite la misma idea).

Sin embargo, las noticias más abundantes y pormenorizadas se refieren a los iberos que ahora se conforman como una etnia definida. Un conjunto de ellas se refiere a la participación de mercenarios iberos y ligures en los ejércitos cartagineses y griegos durante las guerras de Sicilia, en el siglo IV a. C. (Cratino, *apud* Estrabón; Diodoro 13, 54; 13, 56; 13, 62; 13, 85; 14, 75; Jenofonte, *Helénicas* 7, 1, 20). Parece que incluso los mercenarios iberos de un tal Aristarco se pasearon por Atenas, lo cual fue aprovechado con fines cómicos por Aristófanes (*apud* Esteban de Bizancio). Probablemente, a este contacto directo se debió que los griegos comenzaran a diferenciar grupos dentro de los iberos. Así, los sicanos y su río (Sicano = Júcar) de quienes se supuso que habían emigrado a Sicilia por la homofonía existente entre su nombre y el de los sículos, los habitantes de la isla (Tucidides 6, 2).

Hacia el 420 a. C., Herodoto de Heraclea escribió una extensa *Historia de Heracles*, cuyas andanzas le sirvieron de pretexto para desarrollar la exposición de una geografía y etnografía del mundo conocido. En un pasaje citado muy tardíamente por Constantino Porfirogeneta, *De administrando imperio* 23 (= Esteban de Bizancio *s. v.* *Iberiai*, *Gletes* y *Kynetikón*), Herodoto da noticias muy interesantes. Dice que el *genos* de los iberos se divide en varias *phyla* (tribus): los que habitan en el confín del mundo (*eschatois*) son los kynetes, al norte de los cuales se hallan los gletes; a continuación siguen los tartesios, luego los elbisios, los mastienos y, finalmente, los kelkianos. Los kynetes o cinetes han sido identificados por algunos (Schulten) con los cempsos que menciona la *Ora maritima* de Avieno, y son citados también por Heródoto. Se ha supuesto también que los gletes sean los ileates que menciona Avieno, que se hallarían en el valle medio del Guadalquivir. Asclepiades en el siglo I a. C. todavía los menciona como cercanos al río Tinto. La posición relativa de cinetes y tartesios parece bien apreciada, siendo la desembocadura del Guadiana el límite entre ambos. Esta referencia a los tartesios posiblemente es anacrónica y debemos suponer bajo ella la nascente identidad turdetana. Schulten quería que el nombre de los elbisios derivase de *Olba* (Huelva), lo que parece algo forzado. En todo caso, una de las cosas más interesantes es la mención de los mastienos que, como veremos al hablar de los datos arqueológicos, por los siglos V y IV a. C. se configuran como uno de los grupos con personalidad más propia dentro de los iberos meridionales.

2.2. Los datos arqueológicos

Lo que caracteriza la cultura ibérica es un extraordinario desarrollo de la economía agropecuaria y de los medios de producción aplicados a la manufactura, lo que tuvo como consecuencia un aumento demográfico y una complejidad social mayor que la que existía anteriormente. A la vez, se articularon unidades territoriales complejas, con la subordinación de núcleos de población de distinto rango o categoría a núcleos principales, que ejercen como capitales o sedes regias de los nuevos estados. Arqueológicamente, este desarrollo lo podemos estudiar a través de la evolución de los *oppida*, de las tumbas y de las principales manufacturas, entre ellas la cerámica y las manufacturas de hierro.

2.2.1. Los hábitats

Si durante la época tartésica hemos hablado de poblados o de núcleos protourbanos, a partir del siglo v a. C. podemos hablar ya propiamente de ciudades. El desarrollo de estas ciudades se advierte no tanto en el aumento de población, aunque también en este aspecto, cuanto en el desarrollo de auténticos *oppida* envueltos en una muralla, dentro de los cuales se desarrolla una trama urbana más o menos compleja que permite ver una división en “barrios”, que pueden agrupar a la gente que se dedica a una misma actividad o profesión, dentro de la cual se singularizan algunos edificios públicos que interpretamos como templos o palacios, en relación con una aristocracia gobernante que acumula las funciones militares y religiosas. Se ha especulado sobre la existencia de un modelo urbano propio del mundo ibero y diferente al modelo clásico grecorromano, centrado en el ágora o foro, pero lo cierto es que los conocimientos arqueológicos todavía son tan fragmentarios que todo lo que se diga a este respecto es muy provisional.

Durante el periodo tartésico hemos visto cómo aparecían las primeras murallas en lugares como Tejada la Vieja (Huelva) o Puente Tablas (Jaén), en torno al año 700 a. C. En el caso de Tejada la Vieja el modelo que ha inspirado a los indígenas parece ser la muralla de Castillo de Doña Blanca, con doble paramento relleno de cascotes y barro y con torres semicirculares adosadas. En el caso de Puente Tablas, la técnica constructiva es semejante

pero los bastiones son de sección cuadrangular, y es interesante el hecho de que el exterior de la muralla vaya enlucido con yeso. Con el paso del tiempo, se produce una cierta regularización de la fábrica de las murallas, con una técnica constructiva de “soga y tizón” en el caso de Puente Tablas. Estos *oppida* perviven hasta el siglo III a. C. Otros *oppida* como Carmona también se rodean de un recinto de murallas. La construcción de estas murallas tiene un doble significado. Por una parte, evidencian la existencia de un poder dirigente, sea una monarquía o un grupo aristocrático, capaz de organizar el excedente social de riqueza y de horas de trabajo para una obra colectiva. Pero tiene también un valor simbólico. La muralla, al “encerrar” a la colectividad de ciudadanos (no vamos a reparar ahora en el valor jurídico de la palabra, sobre el que no sabemos nada) contribuye a darles a estos conciencia de unidad, de constituir un colectivo, y separa un espacio organizado, civilizado (el interior, donde se ubican los templos, los edificios de gobierno, el palacio) de un espacio abierto y salvaje (la naturaleza desorganizada donde pululan los dioses, los espíritus y las bestias). Precisamente, la aparición de los primeros palacios o santuarios urbanos permite comprobar el desarrollo de la sociedad de clases, simultáneo con el desarrollo de la estructura urbana.

Ya hemos visto cómo en época tartésica algunos edificios extramuros o sin contexto urbano, como Cancho Roano, pueden interpretarse como palacios o santuarios. Otro ejemplo sería el asentamiento de La Muela en *Castulo*, donde se excavó un edificio extramuros organizado en torno a un patio, que se interpretó como un santuario dedicado a banquetes rituales. Se han comparado estos ejemplos con los palacios etruscos de Murlo, cerca de Siena, y Acquarossa, cerca de Viterbo, que parecen ser sedes de dinastías locales que concentraban en sus manos tanto el comercio como los cultos gentilicios, pero en nuestra opinión la semejanza es muy remota, ya que para el caso de *Castulo* nos falta constancia de que alguien habitara allí.

En el mundo ibérico levantino, por el contrario, se conocen varios ejemplos de edificios que pueden ser interpretados como templos que, por el contrario, se hallan ubicados intramuros. El caso mejor conocido es el de los dos templos de El Campello (Alicante). Ambos edificios se hallan a los dos lados de una calle. Uno de ellos es un edificio rectangular con un pórtico con dos columnas de sección octogonal y tres cámaras, al fondo de las cuales hay otras estancias de almacenamiento. Frente a él, al otro lado de la calle, hay un edificio de planta cuadrada en cuyo centro se alzaban dos plataformas de

piedra y adobe, probablemente para exponer ofrendas, en una de las cuales había una losa hincada que se ha interpretado como una estela. Al lado del primer templo había, formando una especie de plaza, un almacén con silos para productos agrícolas. Esta asociación de espacio público y templo intramuros y lugar de almacenamiento se documenta también en otros lugares de Levante y Cataluña, como en Ullastret, en Molí d'Espígol en Tornabous, en Alorda Park o en la Moleta del Remei, todos ellos datados en los siglos v y iv a. C.

Todos estos datos han llevado a plantear la existencia de dos modelos diferentes: un modelo andaluz y extremeño con distribución fuera del poblado y un modelo levantino con templos en el interior del *oppidum* (Ruiz y Molinos, 1992: 187). Sin embargo, el hallazgo de un templo también *in antis* en Los Alcores de Porcuna, de los siglos II-I a. C., y la interpretación de algunas estructuras dentro de El Carambolo como pertenecientes a un templo de tradición fenicia, deben invitar a la prudencia en el sentido de separar radicalmente ambas manifestaciones religiosas. En todo caso, la existencia de templos intramuros presupone dos cosas: en primer lugar la existencia de unos cultos cívicos, unos cultos que son ya de la “ciudad”, de la “comunidad” y no ya cultos exclusivos de rey o gobernante. Aunque el culto pueda seguir en manos de la aristocracia, hay una “democratización” del mismo, en el sentido de que ahora se ruega a los dioses en nombre y en provecho de la colectividad. En segundo lugar, la existencia de estos templos presupone la existencia de “especialistas” religiosos, es decir, de sacerdotes. Sin embargo, no tenemos ningún dato que nos permita saber si el culto fue realizado por personas que se dedicaban exclusivamente a la actividad religiosa o, por el contrario, por individuos que eran simultáneamente reyes, magistrados, etc.

2.2.2. Las sepulturas

Paralelamente a la evolución que se observa en los hábitats, que muestra la diversificación social creciente que se produce, también hay una evolución en los modelos de enterramiento y en las prácticas funerarias, mejor conocida en la alta Andalucía y el sureste que en el bajo Guadalquivir, que apunta en la misma dirección: la formación de una sociedad más compleja pero también más “isonómica”, gobernada sin embargo por una aristocracia militar.

Hemos visto cómo durante la época tartésica algunas tumbas de cámara bajo túmulo, como la tumba 17 de la necrópolis de La Joya, o los túmulos A y B de la necrópolis de Setefilla, muestran la aparición de familias o clanes aristocráticos que se distinguen por el diferente ritual funerario, el esfuerzo constructivo desplegado en la tumba y la existencia de un rico ajuar con objetos de importación de origen oriental. Estas tumbas destacan sobre el resto, caracterizado por sepulturas mucho más pobres y sencillas, y son además escasas, lo que da idea de una gran desigualdad social. A partir del siglo V a. C. aparecen otras formas de enterramiento que suponen un escalonamiento de grados de riqueza y, por tanto, una mayor complejidad social.

Hacia el año 500 a. C. se data un monumento excepcional, que es el sepulcro turriforme de Pozo Moro en Chinchilla de Monte Aragón (Albacete). Pozo Moro es excepcional tanto por haber sido objeto de excavación científica como por la modalidad de su construcción. Se trata de un monumento en forma de torre de sección cuadrada, construido con sillares de piedra sobre el mismo lugar donde se quemaron los restos del difunto (*bustum*). Consta de una base de tres escalones, cuerpo turriforme y, quizás, un coronamiento de forma piramidal, de acuerdo con los modelos orientales en los que parece inspirarse. En las esquinas de la torre se hallaban unos leones que se repetían a media altura del monumento, y existía también un friso corrido con imágenes. Si se exceptúa la imagen de un guerrero con casco con cimera, túnica corta y el característico escudo redondo ibérico (*caetra*), y la representación de un hombre desnudo entre leones que podemos identificar con el *despotes theron*, el resto de las imágenes, que muestran un conjunto de figuras monstruosas, son de difícil interpretación. El ajuar se componía de algunas cerámicas áticas y un jarro de bronce para el vino (*oenochoe*). M. Almagro ha sugerido que el monumento de Pozo Moro puede representar la divinización del difunto después de superar las pruebas que aparecen en el friso, atacado y devorado por seres monstruosos. La presencia de una *kilix* ática y un *oenochoe* remiten a las libaciones de vino del banquete funerario, mientras que la de un *lekythos* ático, a la utilización del perfume en los rituales funerarios. Por su cronología, el monumento de Pozo Moro puede ser tanto la tumba de un epígono de las aristocracias tartésicas en una zona periférica de dicho mundo como el modelo de nuevas formas de enterramiento que se generalizan a partir del 500 a. C. en el mundo ibérico. A una escala menor, las tumbas turriformes monu-

mentales, rematadas por figuras de animales (león, toro, sirena, etc.) parecen copiar simplíficadamente el modelo de Pozo Moro.

Otro monumento notable de esta época es una tumba de la necrópolis de Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén) que ha proporcionado un impresionante conjunto escultórico. Las imágenes, todas fragmentadas intencionadamente, muestran combates singulares de guerreros entre sí o con monstruos mitológicos, como un grifo, y proporcionan un completo repertorio del armamento de los aristócratas ibéricos del siglo v a. C.: cascos con penachos, *falcata*, espada de antenas, puñal de frontón, *caetra*, pectorales sujetos por cadenas y atelajes de caballo. La interpretación de estas imágenes, al no hallarse *in situ*, es difícil. Podría tratarse también de un conjunto de pruebas físicas que culminarían con la heroización del difunto, pero podría tratarse también de la representación de los combates singulares que sabemos que tenían lugar durante los funerales de los jefes ibéricos, que Escipión el Mayor imitó tras la toma de Cartagena para conmemorar las muertes de su tío y de su padre.

A partir del 400 a. C., aproximadamente, en la alta Andalucía y el suroeste peninsular, donde luego las fuentes literarias ubican a los bastetanos, se desarrollan unos modelos específicos de tumba, que son los túmulos principescos y las tumbas de cámara. Los túmulos principescos aparecen representados sobre todo en Albacete y Murcia (El Cabecico del Tesoro, El Cigarralejo). Las cámaras sepulcrales se documentan principalmente en las provincias de Jaén (cámara de Toya, en Peal del Becerro) y Granada (cámara de Tútugi, en Galera). A esta categoría corresponden algunas sepulturas también de la necrópolis de Baza, a la cual pertenece la tumba 155, en la que apareció la famosa imagen de la denominada Dama de Baza. La tumba era una sepultura de incineración excavada en forma de fosa cuadrangular de 2,60 metros de lado por 1,80 metros de profundidad. Los restos quemados estaban depositados en una pequeña urna depositada en el hueco trasero de la imagen, como si se hallasen bajo el amparo de la diosa, y el ajuar, repartido por todo el suelo, constaba de importantes lotes de cerámicas áticas así como de armas. La presencia de este lote de armas llevó a interpretar la tumba como la sepultura de un aristócrata guerrero, hasta que el reciente análisis de los restos óseos ha demostrado que se trataba de una mujer.

Recientemente han aparecido otras pocas tumbas femeninas también con armamento en la provincia de Murcia (necrópolis de Coímbra del Barranco Ancho, Jumilla), por lo que es probable que el reexamen de los restos

de tumbas ya conocidas pueda dar sorpresas en este sentido. En todo caso, hay dos hechos de especial significación. Por una parte, la abundancia de armas en las tumbas ibéricas de los siglos v-iv a. C., lo cual parece indicar que el criterio militar juega un papel de clasificación y representación social; en el sentido de que en función de un armamento más o menos completo se ocupa una posición social u otra. Fenómenos de este tipo conocemos en los casos mejor documentados del mundo griego o de Roma (la supuesta reforma de Servio Tulio, en virtud de la cual la clase social del individuo se determinaba por su posición en el ejército). Por otra parte, que ese papel simbólico de las armas como definidoras de estatus (por ejemplo, un estatus de “libertad” como algo opuesto a un estatus de “servidumbre”) se comprueba por su hallazgo en sepulturas femeninas que, evidentemente, no tienen nada que ver con la existencia de mujeres guerreras en la Antigüedad.

Finalmente, la diversificación de la panoplia, con un amplio repertorio de armas en cuya confección ahora el hierro es determinante (hojas de espada, de puñal, cuchillos, *soliférrea*) muestra la perfección técnica de los artesanos ibéricos. Esta perfección se comprueba también en la cerámica, dentro de la cual las cerámicas a torno predominan definitivamente sobre las cerámicas a mano. Las cerámicas pintadas, con su decoración geométrica de bandas y semicírculos de color vinoso sobre la arcilla ocre, o con decoración figurada de un gran barroquismo, como sucede en los productos de *Ilici* (Elche), se desarrollan como imitación de los productos previamente importados de Grecia. Lo importante es que el desarrollo de estas manufacturas atestigüa indirectamente la consolidación en la sociedad ibérica de sectores especializados dentro de la división social del trabajo, que en algunas ciudades pudieron tener una gran importancia social.

2.3. Pueblos y etnias del mediodía peninsular

Como se ha dicho anteriormente, a partir del siglo III a. C., con el desarrollo del imperialismo cartaginés y el subsiguiente estallido de la segunda guerra púnica, tenemos ya noticias de primera mano acerca de los pueblos que vivían en la península ibérica y, en concreto, de las del sur peninsular. Estas poblaciones son el resultado de la evolución que se produce desde el siglo VIII a. C., y habían estado en contacto con los colonizadores desde

fecha muy antigua. Su nivel de cultura y complejidad social es por tanto mucho mayor que el de otros pueblos prerromanos, cosa que destacan todos los autores clásicos. Cuando comienza la conquista romana, son también los pueblos que caen en primer lugar bajo el dominio de Roma y, por tanto, su romanización es también más temprana e intensa. En el siglo I a. C, en época del emperador Augusto, Estrabón cita cuatro pueblos principales: turdetanos y túrdulos, bastetanos y bástulos. Al norte de ellos están los oretanos, que ocupan Sierra Morena oriental y el territorio al norte de la misma, hasta el Guadiana, quienes parecen ser también de estirpe ibérica, lo que los diferencia ya de otras poblaciones de la meseta meridional como los carpetanos, que son de estirpe indoeuropea.

2.3.1. Turdetanos y túrdulos

La opinión unánime entre los historiadores es que los turdetanos son los descendientes de los tartesios. Se ha supuesto que las raíces de ambos etnónimos, *tart-* / *turt-*, serían en realidad una misma. Como hemos dicho, sobre los turdetanos estamos más informados que sobre otros pueblos dado que tuvieron un contacto más temprano con fenicios y griegos.

Estrabón (III, 1, 6) dice que “los turdetanos resultan ser los más cultos de los iberos y tienen escritura y escritos históricos en prosa y poesía, y leyes en forma métrica, que, según se dice, datan de hace seis mil años. También los demás iberos tienen escritura, pero no la misma, siendo también sus idiomas distintos”. Puesto que seis mil años es una antigüedad excesiva para la existencia de escritura, Lasserre propuso la existencia de un error de los copistas, y que el texto original no diría *eton* (años) sino *epon* (versos), siendo fácil en griego la confusión entre la tau y la pi manuscritas; con lo cual lo que habría querido decir el geógrafo griego es que tenían leyes en forma métrica de seis mil versos de longitud.

El mismo Estrabón, citando a Polibio, en el mismo pasaje distingue dos pueblos diferentes: turdetanos y túrdulos, siendo los túrdulos vecinos septentrionales de los turdetanos; pero añade que en su época las diferencias entre ambos pueblos prácticamente habían desaparecido, lo cual indica la rapidez de la romanización en los cien años que van desde la época de Polibio (mediados del siglo II a. C.) a la época de Estrabón.

Los turdetanos ocupaban principalmente el bajo valle del Guadalquivir, llamándose la región *Baetica* por el nombre del río (*Baetis*) y Turdetania por el de sus habitantes (Estrabón III, 1, 6). Son ciudades turdetanas, según Estrabón, el puerto de Menesteo, *Asta* (Mesas de Hasta), *Nabrissa* (Lebrija), *Eboura* (¿Sanlúcar?), donde había un santuario a *Phosphoros* (III, 1, 9). En III, 2 da la descripción de la región, diciendo que tiene más de doscientas ciudades. Las más importantes se hallaban junto a los ríos, principalmente el Guadalquivir; estas eran *Corduba* (Córdoba), *Hispalis* (Sevilla), *Italica* (Santiponce), *Ilipa* (Alcalá del Río), *Astigi* (Écija), *Carma* (Carmona), *Obulco* (Porcuna), *Munda*, *Ategua* (Teba la Vieja), *Urso* (Osuna), *Tucci* (Martos), *Ulia* (Montemayor) y *Egua*.

Ptolomeo cita como turdetanas *Onoba Estuaria* (2, 4, 4), la boca oriental del río, sus fuentes y el estuario junto a *Asta*, así como distintas ciudades entre las que pueden identificarse *Seria* (Jerez de los Caballeros), *Ilipula* (¿Niebla?), *Segida*, *Nabrissa*, *Ugia*, *Asta*, *Corticata* (Cortegana), *Nertobriga* (Fregenal de la Sierra), *Contributa* (¿Monasterio?), *Regina* (Mesas de Reina), *Mirobriga* (¿Capilla?, Badajoz), *Ilipa Magna*, *Hispalis*, *Obulcola* (Castillo de la Monclova, Sevilla), *Ursone*, *Arsa*, *Astigi* o *Carmonia* (2, 4, 10). Por el contrario, asigna a los túrdulos (II, 4, 9) *Corduba*, *Ulia*, *Obulcon*, *Tucci*, *Ebora*, *Oscua* (cerro de León, Málaga), *Sacilis* (El Carpio) o *Iliberris* (Granada).

Como podemos ver, hay ciertas confusiones entre la lista de Estrabón y la de Ptolomeo. Ciudades como *Corduba*, *Ulia*, *Obulco*, *Tucci* o *Ebura* en Estrabón pertenecen a los turdetanos, mientras que Ptolomeo las asigna a los túrdulos. Podría pensarse que estas confusiones se deben al tiempo transcurrido entre Estrabón y Ptolomeo (siglo II d. C.). En líneas generales, sin embargo, se puede ver que los turdetanos habitaban el valle del Guadalquivir aguas abajo de Córdoba, hasta su desembocadura, junto con la provincia de Huelva y el sur de la provincia de Badajoz hasta el Guadiana, es decir, el antiguo territorio tartésico. Los túrdulos, por el contrario, habitaban aproximadamente las provincias de Jaén, con la cabecera del Guadalquivir, y Córdoba, por donde penetraban hacia el norte de la provincia de Málaga.

2.3.2. Bastetanos y bástulos

La otra gran unidad étnica de la Iberia meridional es la que constituyen los bastetanos o bástulos. Estrabón no distingue entre ellos. Así, dice que

Calpe, el peñón de Gibraltar, se levanta entre los bastetanos, que también se conocen como bástulos (III, 1, 7); y que en la costa entre *Calpe* y *Carthago Nova* vive la mayoría de los bastetanos, a los que se les suele llamar también bástulos, y una parte de los oretanos (III, 4, 1). Plinio (*N. H.* III, 19) sitúa los bástulos en la costa de la Hispania Citerior y, tras ellos, hacia el interior y por orden, los mentesanos y los oretanos. En la costa, Bastetania queda inmediatamente al sur de Contestania y *Carthago Nova*. En III, 25 cita a los bastitanos, los habitantes de la ciudad de *Basti* (Baza) entre las ciudades estipendiarias del *conventus Carthaginensis*. Ptolomeo, finalmente, cita quince ciudades de los bastetanos (2, 6, 60), de las cuales la única que puede identificarse con seguridad es *Acci* (Guadix). En la costa meridional de la Península cita, además (2, 4, 6) a los *Bastuli Poeni* (bástulos “cartagineses”), a quienes asigna una serie de ciudades bien conocidas como *Menlaria*, *Barbesula* (Guadiaro), *Carteia* (El Rocadillo, en la bahía de Algeciras), *Calpe*, *Suel* (Fuengirola), *Malaca* (Málaga), *Sexs* (Almuñécar) o *Abdera* (Adra). La mayoría de estas, como podemos ver, son antiguas fundaciones fenicias.

A partir de estos datos podemos deducir que los bastetanos ocupaban la costa meridional y las fértiles hoyas del surco intrabético, siendo sus principales poblaciones *Basti* (Baza) y *Acci* (Guadix). Aunque no se ha localizado todavía la antigua ciudad de *Basti*, se conocen sin embargo dos necrópolis en el entorno de Baza cuya envergadura hace suponer una población densa en los siglos IV-III a. C. Las tumbas son tumbas de cámara, a veces cubiertas por un túmulo como en la de Galera. Este tipo de tumbas se extienden por las provincias de Granada y de Jaén y, a través de los pasos que unen la alta Andalucía con Albacete y Murcia, también a estas provincias (Archena). Puede suponerse que esta distribución corresponde a la del pueblo bastetano. La mención de *Baria* (Villaricos) por parte de Plinio (*N. H.* III, 4, 19) como una ciudad de los bastetanos hace suponer que estos ocupaban también la provincia de Almería, llegando al mar por la cuenca del Almanzora. De esta manera, los bastetanos habrían controlado las rutas comerciales que seguían los productos griegos, cuyas cerámicas aparecen abundantemente en esta zona durante los siglos V y IV a. C., a cambio probablemente de la plata de *Castulo*, lo que habría contribuido a su enriquecimiento y poder político. Habría que adscribir a los bastetanos por tanto, también, los santuarios con exvotos de caballos como los de El Cigarralejo y Recuesto en Murcia, y Pinos Puente en Granada; así como el culto a las diosas funerarias entronizadas